


Dossier: Ética e Integridad, Inteligencia Artificial, Tecnologías de la Información y La comunicación (TIC) y desinformación en la investigación en Humanidades

El giro dataísta y la crisis de la autoría: una reconstrucción ética de la agencia epistémica ante la Inteligencia Artificial Generativa


The Dataist Turn and the Authorship Crisis: An Ethical Reconstruction of Epistemic Agency Confronting Generative Artificial Intelligence

O giro dataísta e a crise da autoria: uma reconstrução ética da agência epistêmica face à Inteligência Artificial Generativa


Alex Estrada-García*

 <https://orcid.org/0000-0001-5278-8221>

Edwin Peñafiel-Arévalo**

 <https://orcid.org/0000-0002-6559-3914>

Raquel Mendoza-Ureta***

 <https://orcid.org/0000-0002-8117-8083>

Resumen: El artículo aborda la crisis de la autoría y la honestidad intelectual en la investigación en Humanidades ante el avance de la Inteligencia Artificial Generativa. El objetivo es reflexionar cómo el giro dataísta y las funcionalidades de la Inteligencia Artificial Generativa cuestionan los conceptos tradicionales de autoría e individualidad investigativa. Mediante un análisis conceptual y ético, se desplaza la figura del autor como sujeto soberano, hacia una lógica probabilística sustentada en el acervo documental y cultural preexistente. Además, se aborda la tensión entre la verdad interpretativa y la algorítmica, advirtiendo sobre el riesgo de descualificación cognitiva. Como resultado se proponen la reconstrucción de la agencia epistémica bajo el paradigma *enactivista* y un enfoque antropocéntrico en la toma de decisiones. Se concluye que la tecnología debe funcionar como un andamiaje técnico y herramienta que, bajo un enfoque socrático, potencie la reflexión crítica, el juicio ético y la responsabilidad moral del investigador.

Palabras clave: Ética de la inteligencia artificial. Investigación en humanidades. Producción intelectual.

* Universidad Nacional de Educación (UNAE) – Universidad Nacional de Chimborazo (UNACH). Profesor y Director del Grupo de Investigación Episteme - UNAE. Doctor en Educación. E-mail: <alex.estrada@unae.edu.ec>.

** Universidad Nacional de Educación (UNAE) - Profesor y Co-director del Grupo de Investigación Episteme. Magister en Investigación. E-mail: <edwin.penafiel@unae.edu.ec>.

*** Universidad Nacional de Educación (UNAE). Profesora y Miembro del Grupo de Investigación Episteme. Doctoranda en Educación. E-mail: <raquel.mendoza@unae.edu.ec>.

Abstract: Considering the advancement of Generative Artificial Intelligence (GAI), this article addresses the crisis of authorship and intellectual honesty in humanities research. The aim is to reflect on how the dataist turn and the functionalities of GAI strain traditional concepts of authorship and investigative individuality. Through a conceptual and ethical analysis, the study highlights the displacement of the author as a sovereign subject towards a probabilistic logic, grounded in pre-existing documentary and cultural resources. By exploring the tension between interpretive and algorithmic truth, the work warns of the risk of cognitive disqualification. As a result, it proposes the reconstruction of epistemic agency under the inactivist paradigm and an anthropocentric approach to decision-making. It concludes that technology should function as a technical scaffolding and tool that, under a Socratic approach, enhances critical reflection, ethical judgment, and the moral responsibility of the researcher.

Keywords: Artificial intelligence ethics. Humanities research. Intellectual production.

Resumo: Diante do avanço da Inteligência Artificial Generativa (IAG), este artigo aborda a crise da autoria e da honestidade intelectual na pesquisa em Humanidades. O objetivo é refletir sobre como a virada *dataísta* e as funcionalidades da IAG tensionam os conceitos tradicionais de autoria e individualidade investigativa. A partir de uma análise conceitual e ética, o estudo evidencia o deslocamento do autor como sujeito soberano rumo a uma lógica probabilística, fundamentada no acervo documental e cultural preexistente. Ao explorar a tensão entre a verdade interpretativa e a algorítmica, o trabalho alerta para o risco de desqualificação cognitiva. Como resultado, propõe-se a reconstrução da agência epistêmica sob o paradigma *enativista* e uma abordagem antropocêntrica na tomada de decisões. Conclui-se que a tecnologia deve funcionar como um andaime técnico e ferramenta que, sob uma abordagem socrática, potencialize a reflexão crítica, o juízo ético e a responsabilidade moral do pesquisador.

Palavras-chave: Ética da inteligência artificial. Pesquisa em humanidades. Produção intelectual.

Introducción

En la tercera década del siglo XXI, el predominio de los datos y la Inteligencia Artificial Generativa (IAG) cataliza una profunda transformación en los diferentes campos del conocimiento. Los antecedentes históricos de la expansión y distribución del conocimiento muestran los límites por los que este ha atravesado en los siglos anteriores; múltiples prácticas tradicionales fundamentales en la creación e innovación del conocimiento, tales como la escritura en papel, la consulta a bibliotecas físicas, la elaboración manual de cálculos complejos, la dependencia a la memorización, entre otras, propias de determinada época, han perdido centralidad debido a diversas eventualidades como el avance vertiginoso de las tecnologías digitales.

En esta transición de época, se ha evidenciado la introducción de terminologías como “sociedad del conocimiento” o “sociedad de la información”, aludiendo a los cambios significativos que introdujo la internet en los contextos sociales, económicos, educativos, culturales y políticos. Las terminologías referidas parten de que el recurso más valioso es saber producir, interpretar, aplicar y compartir el conocimiento. En este contexto, la ciencia y la tecnología se convierten en motores centrales de desarrollo poniendo en el seno de la sociedad avances tecnocientíficos sin precedentes, tales como internet en su momento y la IAG en la actualidad.

En consecuencia, en el auge de la IAG, los datos asumen una centralidad ineludible, marcando la transición desde la denominada “sociedad del conocimiento” o “sociedad de la información” hacia una “sociedad de los datos” que configura nuestros modos de socialización. Al respecto, Han (2020) señala la consolidación de un desapego social fundamentado en la distancia física, y argumenta que el giro antropológico copernicano-kantiano —que instituyó al sujeto como productor autónomo del saber— sucumbe ante un “giro dataísta”. Este nuevo paradigma supone que la mera acumulación y el cálculo de datos sustituyen a la narrativa humana y al juicio crítico como las verdaderas fuentes del conocimiento.

Es relevante considerar la importancia histórica que el ser humano ha dado a la acumulación de datos. De acuerdo con Ferris (2017), la esencia del mundo social ha estado históricamente arraigada en la documentación; una característica demostrada por el surgimiento prematuro de la escritura en la historia humana. De esta manera, se explica que el sujeto contemporáneo se rija por datos siguiendo la tradición de la documentalidad, siendo la tecnología la herramienta fundamental para tal acometimiento. Igualmente, múltiples programas informáticos movidos por la internet se han constituido como mecanismos de almacenamiento y reproducción acelerada de la información, fomentando la aprehensión de un conocimiento ilusorio, que expone una falsa imagen de la realidad.

Estudios recientes como los de Sarkar (2023), Tsao y Nogues (2024) y Ramos-Zaga (2025) reportan que el dataísmo y la IAG, por un lado, diluyen la agencia individual, mientras que, por otro lado, establecen espacios para la creatividad distribuida y en red. En este escenario surgen nuevas alfabetizaciones y metodologías híbridas, que buscan un equilibrio en el juicio humano con asistencia de la IAG. El apogeo de los paradigmas centrados en los datos, representados en el “giro dataísta” de Han (2020), y la rápida proliferación de las tecnologías de la IAG han alterado el panorama de la investigación en Humanidades.

De acuerdo con esta dinámica, la investigación entendida como método de las instituciones que crean e innovan conocimientos se ha visto desafiada, replanteando conceptos tradicionales de autoría e individualidad. En el campo de la investigación en Humanidades invita a pensar la tensión entre el ser humano como productor autónomo del saber y el nuevo imperativo de regirse por datos; de igual forma, abordar la cuestión de cómo herramientas de IAG que escriben, sintetizan y simulan datos impactan en la originalidad y la honestidad intelectual, de esta forma se encamina a proponer respuestas al interrogante de cómo garantizar la autoría en un entorno de producción de texto asistido por máquinas.

La crítica de Han (2020) a la sociedad digital pone de relieve la transformación de la sociedad en enjambres fragmentados, la erosión de la acción comunitaria auténtica y la disociación óptica provocada por la datificación. Por su parte, la IAG altera los procesos creativos tradicionales, difuminando las fronteras entre la autoría humana y la máquina, desafiando las nociones establecidas de individualidad y agencia. Este avance tecnocientífico exige una verificación de los conceptos fundamentales de las humanidades, entre ellos la autoría, la autoridad interpretativa (Lei, 2026) y las dimensiones éticas de la creatividad y la producción de conocimiento. Por ejemplo, Tsao et al. (2025) y Ramos-Zaga (2025) exponen que la autoría tradicional está siendo sustituida por modelos colaborativos entre humanos e IAG.

Una definición tradicional que puede ser adoptada para los fines que persigue el artículo es la ofrecida por Foucault (1983), quien explica que “autor” es un principio de agrupación del discurso, una unidad y origen de sus significaciones, así como foco de su coherencia. Esto se traduce en una especificación de la función sujeto que permite quitarle a dicha figura su papel de fundamento originario para analizarlo como una función variable y compleja. En su obra, Foucault deja por sentado que un autor cuando escribe un texto “desaparece”, crea un concepto de inmortalidad. Esta “desaparición” implica el desplazamiento del individuo real en favor de la obra; el autor se desprende de su identidad biográfica y de sus intenciones personales para quedar fijado como una función discursiva. En correspondencia con lo expuesto, el objetivo del artículo es reflexionar cómo el giro dataísta y las funcionalidades de la Inteligencia Artificial Generativa cuestionan los conceptos tradicionales de autoría e individualidad investigativa en el campo de las Humanidades. Para alcanzar el propósito expuesto, el artículo se fundamenta en el análisis filosófico y la hermenéutica crítica. La argumentación sigue una progresión de cuatro momentos analíticos; en primer lugar, se elabora una deconstrucción conceptual de la noción tradicional de

autoría; en segundo lugar, se examina la tensión epistemológica suscitada entre la verdad, la probabilidad algorítmica y la exigencia de honestidad intelectual. A partir de esta disrupción, el estudio avanza hacia un planteamiento teórico de la agencia epistémica, para culminar en la delimitación de las implicaciones éticas que requiere la validación del sujeto cognoscente frente a la mecanización del saber.

La deconstrucción de la autoría

La figura del autor ha descansado tradicionalmente sobre el ideal ilustrado del sujeto cognoscente, considerado como el origen soberano, singular y reflexivo de la obra. Sin embargo, este cimiento ontológico se fractura ante lo que se puede identificar como el imperio de los datos. De acuerdo con Han (2020), el dataísmo pone fin al idealismo y al humanismo propios de la Ilustración, provocando que el ser humano deje de ser el sujeto cognoscente soberano y autor indiscutible del saber, para dar paso a un conocimiento que se produce a través de las máquinas. En este escenario, la disrupción de la IAG desborda la utilidad de una herramienta de soporte ortotipográfico, revelándose como un agente que desplaza la centralidad de la conciencia humana y subsume el proceso de escritura bajo una lógica aditiva y probabilística carente de espíritu.

Esta disolución de la autoría individual adquiere una claridad inusitada cuando se analiza la materia prima y el modo de operar de la IAG. Como argumentan Islam y Greenwood (2024), la IAG utiliza un inmenso tesoro colectivo de información preexistente para predecir e imitar de manera iterativa las respuestas esperadas, no genera nada radicalmente nuevo. Este modelo algorítmico materializa, de manera taxativa, los postulados que presagiaban la muerte del autor. Para comprender esta afirmación, es necesario diseccionar la idea en dos dimensiones interconectadas: la crítica filosófica y la praxis algorítmica.

En primer lugar, pensadores como Foucault (1983) argumentaron que la noción del “autor unificado e individual” es una ficción frágil perteneciente a una época histórica específica. Esta construcción conceptual del autor ha servido tradicionalmente para oscurecer una realidad discursiva subyacente asociada a la multiplicidad de posiciones y la naturaleza colectiva de toda producción textual. Foucault presagiaba que, a medida que la sociedad se transformara, la función del autor –esa necesidad de atribuir un origen singular y soberano a un discurso– terminaría por desaparecer o reconfigurarse.

En segundo lugar, la IAG materializa esta teoría a través de su propio diseño computacional. El modelo algorítmico aniquila empíricamente el mito del “genio natural” porque no genera nada radicalmente nuevo desde una interioridad aislada. Por el contrario, opera extrayendo, prediciendo e imitando patrones de manera iterativa a partir de un inmenso tesoro colectivo de información preexistente.

Esta base de datos inabarcable es conceptualizada como el *hypercommons* (hipercomún), un espacio constituido por el inmenso conjunto de datos y trabajo colectivo, donde emergen de la participación distribuida en las plataformas digitales. Islam y Greenwood (2024) usan el hipercomún para referirse a la explotación algorítmica en la actual era de la datificación y para denunciar cómo la IAG extrae y privatiza este esfuerzo social masivo para utilizarlo como base de entrenamiento privatizada. En esta línea, al nutrirse del esfuerzo distribuido, las respuestas de la IAG producen una mera apariencia de textos de autor, los cuales terminan siendo atribuidos a académicos individuales que cosechan las recompensas y responsabilidades de un trabajo que no forjaron desde cero.

Si bien la intertextualidad y la interdiscursividad nos recuerda que ningún texto es completamente original y que el conocimiento es siempre una construcción dialógica, la IAG altera esta tradición. En la escritura humana, la intertextualidad exige una responsabilidad epistémica, es decir, el reconocimiento consciente de las fuentes. Por el contrario, la dinámica de extracción y ensamblaje automatizado de la IAG convierte esta red de diálogos en un procesamiento estadístico opaco. Esta mecanización del saber desdibuja inexorablemente las fronteras de la agencia creativa, evidencia la explotación del trabajo ajeno sin otorgar crédito, y expone las contradicciones de la economía de la reputación (Estrada-García y Narváez, 2024).

En consonancia, ante la integración de la IAG en la redacción académica, Al Lily *et al.* (2023) proponen que la noción tradicional del autor de manuscritos perderá gradualmente su valor social, cediendo el protagonismo a una nueva figura, entendida como *the manuscript engineer* (el ingeniero de manuscritos). En este nuevo paradigma, el académico corre el riesgo de dejar de ser el artesano¹ directo del discurso para convertirse en un operario que parametriza instrucciones (*prompts*) y gestiona la producción de una fábrica de textos.

Esta transformación de artesano en ingeniero conlleva una severa alteración en la temporalidad misma del acto de investigar. En el contexto de la filosofía de Han (2009), la investigación y la escritura requieren una “demora contemplativa” y un proceso lleno de rodeos, dudas y vacilaciones; es esa “duración” y “tensión narrativa” lo cual le confiere un “aroma” al tiempo del pensamiento. Sin embargo, la escritura delegada a la IAG sustituye la maduración narrativa y la fricción del pensar por el tiempo puntual, instantáneo y acelerado de la mera información. La máquina calcula y ensambla sin la necesidad de detenerse, aniquilando la “lentitud” reflexiva para sumir a la investigación en una hiperactividad productiva, abocando una sobreproducción de textos y reciclaje de ideas que saturan el conocimiento por repetitividad.

Lejos de suponer una erosión de la mística del intelectual aislado, esta deconstrucción encierra un riesgo ético, que se asocia a un discurso científico huérfano de responsabilidad moral. Como advierten Kaebnick *et al.* (2023), los *Large Language Models* (LLM) operan fundamentalmente como transformadores generativos de información más que como informantes fiables, y adolecen del rasgo crítico de la autoría académica, esta es la responsabilidad moral. Dado que solo las personas pueden ser moralmente responsables, delegar a la IAG la génesis conceptual del discurso científico y su núcleo hermenéutico, socava el pacto fiduciario de la ciencia². Al permitir que el algoritmo actúe como el originador del marco reflexivo, la investigación pierde su carácter de praxis ética y dialéctica, reduciéndose a un ejercicio de producción vacía que anula la voz singular del autor.

¹ El uso del término artesano en este texto remite a su raíz etimológica latina (*ars, artis*), a su vez se traduce en el concepto griego de *téchne*: una disposición productiva y un saber hacer intrínsecamente ligado a la materialidad de la obra. Cabe aclarar que no se refiere a la fractura surgida en el Renacimiento, la cual separó al artesano (mero ejecutor manual) del artista (creador intelectual). Por el contrario, se reivindica al artesano discursivo como aquel investigador que mantiene una relación íntima, encarnada y no alienada con la forja de sus propias ideas. Esta figura unitaria es la que entra en crisis frente a la IAG, la cual amenaza con degradar al académico a un simple supervisor o ingeniero de una fábrica de escritura automatizada.

² El pacto fiduciario en la *praxis* científica humanística designa el acuerdo ético fundacional basado en la confianza mutua y la responsabilidad moral compartida entre los miembros de la comunidad académica. A diferencia de un intercambio de información, este compromiso exige que el investigador opere desde la sabiduría y asuma la titularidad de su obra como un agente encarnado y situado que rinde cuentas por sus afirmaciones. Al carecer de agencia moral, de un mundo vital y de la capacidad para defender dialécticamente sus postulados, un modelo algorítmico no puede fungir como un sujeto depositario de esta confianza, por lo que delegarle la voz autoral erosiona irremediabilmente la integridad de este tejido comunitario.

En esta dirección, retomando la clásica interrogante de Foucault sobre qué constituye a un autor, Calderón y Herrera (2025) refuerzan esta postura ética al señalar que la autoría científica trasciende la mera generación de palabras, debido a que exige una identidad moral, así como la competencia para emitir juicios dentro de una comunidad científica, defender la obra ante las críticas y asumir la responsabilidad ineludible por el conocimiento producido; capacidades de las que la máquina carece por completo, debido a que no puede ser interrogada dialécticamente, no puede justificar sus elecciones metodológicas ni defender sus afirmaciones de las críticas. Un algoritmo no puede, por ende, aprobar una versión final ni rendir cuentas por la integridad de la obra.

Por lo tanto, la deconstrucción de la autoría bajo el predominio algorítmico y dataísta trasciende el problema de la atribución o de los derechos de propiedad intelectual para revelarse como una crisis del pensamiento crítico. Al externalizar la génesis de la reflexión en el hipercomún gestionado por la IAG, el investigador en Humanidades se enfrenta a la disolución de su individualidad, amenazando con transformar la investigación, que debería ser un acontecimiento narrativo y transformador, en una producción industrial carente de profundidad reflexiva.

Tensión epistemológica: entre verdad, probabilidad y honestidad intelectual

¿Qué entendemos por verdad y cómo la justificamos?, es un interrogante discutido históricamente en el campo de la epistemología. La búsqueda del conocimiento, tradicionalmente, en Humanidades apuntaba a interpretaciones basadas en la evidencia contextual, el sentido histórico y la argumentación dialéctica. En cambio, en la actualidad los sistemas algorítmicos basan sus respuestas en estadísticas, estimaciones probabilísticas y correlaciones ocultas. Shin (2026) expone que se transita hacia una era de la “verdad algorítmica”, donde lo que cuenta es un *output* computacional. Es sabido que en las Humanidades se reconoce que la “verdad” es intrínsecamente contextual e interpretativa; sin embargo, el riesgo de los modelos de IAG radica en que su resultado se reviste de una falsa objetividad. La “verdad” que produce simula ser universal, pero en realidad es el producto opaco de modelos matemáticos; “(...) la verdad algorítmica no es ni neutral ni universal; está impregnada de supuestos normativos, sesgos basados en datos y lógica institucional que tienen profundas implicaciones para la autoridad epistémica, la confianza pública y el discurso democrático” (Shin, 2026, p. 1553).

En el campo de la investigación en Humanidades se traduce en un modelo de probabilidad; lo que se representa en que un sistema de IAG puede sostener que “la frase X probablemente sea de Shakespeare” o que “un patrón estadístico indica tal tendencia en la literatura romántica”. La conclusión será plausible según datos previos, pero no es una verdad necesariamente auténtica al sentido. En este contexto surge una tensión epistemológica, el conocimiento mediado por la IAG es inherentemente estadístico y falible. Como señala Akgün (2025), el argumento central trasciende la cuestión de si la IAG autoriza o no un texto, se centra en cómo calibrar la credibilidad de la afirmación humana cuando se basa en insumos algorítmicos. De esta manera, en la práctica, se exige transparencia y honestidad; los investigadores deben dejar claro qué partes de sus descubrimientos o innovaciones son producto de análisis automatizados y cuáles corresponden al juicio crítico humano.

En el marco de la transformación digital, los dilemas se acentúan cuando se habla de honestidad intelectual. Las normas de publicación insisten en la veracidad y la originalidad. El consenso editorial sostiene que un sistema de IAG no puede figurar como autor, dado que no puede asumir responsabilidad moral por el contenido (Levy, 2025; Resnik y Hosseini, 2025). De esta forma, la responsabilidad misma está en cuestión. Como advierte el Committee on Publication

Ethics (2023), diversos coautores humanos no comprenden todas las partes de un artículo científico, generalmente, esto hace que se delegue actividades de redacción o investigación a especialistas. Si ni siquiera el autor humano domina completamente cada proceso de los expuestos, exigir responsabilidad plena es discutible. No obstante, la diferencia crucial es que un autor humano se supone capaz de responder por su trabajo (Levy, 2025), mientras que una IAG no puede comprometerse con la ética ni someterse a sanciones en el caso de cometer errores en los resultados que se presenten. Por eso, aunque el producto de una IAG sea alcanzado mediante el uso legítimo de herramienta, se solicita que el autor humano explique la participación algorítmica (Jumper et al., 2021). Consecuentemente, es importante preguntarse por la integridad, por ejemplo, Resnik y Hosseini (2025) sostienen que atribuir la experiencia empírica a algo generado por un modelo lingüístico rompería la honestidad científica.

La desarticulación de la autoría individual fractura los modos de producción y validación del conocimiento en las Humanidades. Si el sujeto cognoscente cede su centralidad a la máquina, la naturaleza misma de la verdad académica entra en crisis frente a la lógica estocástica del algoritmo. Como consecuencia de esta operatividad basada en datos, la investigación humanística se enfrenta a lo que Han (2021) advierte como el “fin de la teoría”, a razón de la claudicación de la causalidad y el pensamiento narrativo en favor de la correlación estadística. La lógica de los LLM cristaliza esta amenaza al funcionar de manera puramente aditiva; al limitarse a calcular patrones, la máquina responde al qué (al imperativo “ello es así”), pero es radicalmente ciega ante el por qué (el cuestionamiento propio del raciocinio humano). Esta arquitectura algorítmica carece del concepto o silogismo hegeliano, el cual exige un espíritu capaz de deducir e integrar orgánicamente la realidad.

La certeza estadística se yuxtapone con el ideal de verdad interpretativa. En el campo de las Humanidades, la evidencia rara vez es absoluta; sin embargo, la IAG puede dar respuestas con aparentes “credenciales” que seducen amparándose en índices de confiabilidad o repeticiones en corpus lingüísticos. De ahí eclosiona la importancia de adoptar un posicionamiento crítico en donde el investigador debe recordar que los LLM argumentan por probabilidad de palabras, dejando de lado la comprensión real.

Como advierte Han (2014), la promesa dataísta de alcanzar un conocimiento absoluto a partir del procesamiento masivo de información culmina en un “desconocimiento absoluto”. Al delegar el esfuerzo reflexivo a la IAG, la investigación en Humanidades abandona la hermenéutica en favor de una acumulación de datos que sumerge a los sujetos en una falsa claridad y, en última instancia, en una barbarie epistémica a favor de un conocimiento rudimentario movido únicamente por un océano de datos sin contexto.

Se resalta que la epistemología de la tradición humanística valora la hermenéutica, la posibilidad de interpretación múltiple. En concordancia, Shin (2026) recuerda que, cuando la verificación de la verdad se delega a sistemas opacos, la racionalidad comunicativa desaparece, sustituye la deliberación analítica por una inferencia estadística. Este accionar de los sistemas de IAG plantea riesgos graves, tales como sesgos inadvertidos en los datos de entrenamiento, dogmatismo cuantitativo, o directamente, desinformación en el caso de que el algoritmo “alucine” hechos.

Para abordar estas tensiones, se insiste en la honestidad epistemológica (Nozaleda y Addun, 2026). De ahí la viabilidad de la propuesta de Resnik y Hosseini (2025), quienes abogan por normas que obliguen al investigador a revelar el uso de la IAG y sus limitaciones en lenguaje claro para los lectores no expertos. La propuesta forma parte de un principio general, el cual se centra en que el código del investigador postula transparencia sobre los métodos para preservar la objetividad de los procedimientos encaminados a crear e innovar el conocimiento. Esto implicaría, entre tantas

cuestiones, especificar qué partes del corpus son sintéticas o cómo se aplicaron modelos concretos de IAG, de esta manera se podría evaluar la “verdad” de los hallazgos.

Por último, frente a una epistemología cada vez más dominada por la estadística y el procesamiento de datos, reaparece la vieja oposición entre verdad y probabilidad. Para recordar, la verdad clásica buscaba correspondencia con la realidad a través de argumentos, evidencias cualitativas, contextualización; mientras que la IAG, como se sostiene en párrafos anteriores, opera sobre algoritmos de inferencia. Este cambio exige extremar el rigor metodológico y la honestidad con el propósito de comprender que el conocimiento apoyado por una IAG nunca debe ser incuestionable, y que el investigador debe asumir un rol de vigilante. En palabras de Shin (2026) delegar la “función epistémica” a sistemas computacionales involucra riesgos sociopolíticos que solo se mitigan con una supervisión reflexiva y participativa de esos procesos. Consecuentemente, la integridad intelectual consiste en equilibrar la estadística y el sentido, la probabilidad y la interpretación, recordando siempre que detrás de las combinaciones algorítmicas hay historia.

Para dimensionar la gravedad de esta tensión epistémica y su impacto en la honestidad intelectual, resulta esclarecedor recurrir al clásico mito de Theuth y Thamus expuesto en el Fedro de Platón. Así como Thamus advirtió que la escritura era un *pharmakon* –un veneno que atrofiaría la memoria viva al ofrecer solo una ilusión de sabiduría a través de la repetición de signos externos–, la IAG opera bajo una dinámica de autoengaño similar. Este autoengaño se fundamenta en la propia arquitectura técnica de la herramienta; a este respecto, Calderón y Herrera (2025) afirman que la IAG es de naturaleza no determinista y probabilística, lo que significa que su criterio de éxito es la mera verosimilitud (*eikos*), no la veracidad.

Lo anterior alude a que, el algoritmo calcula de manera estocástica la coocurrencia de palabras sin capacidad de aprehender ontológicamente la realidad ni distinguir entre información precisa y falsa. Al carecer de esta ancla con la verdad material, la IAG inunda la academia de opinión verosímil (*doxa*) disfrazada de conocimiento justificado (*episteme*). En consecuencia, el investigador que recurre ciegamente a la IAG asimila una erudición vacía, desprovista de aquel conocimiento tácito, evaluativo y dialéctico que exige la búsqueda de la verdad.

La sumisión irreflexiva a este *pharmakon* algorítmico desencadena en el investigador lo que Lu y Hu (2025) conceptualizan como *cognitive deskilling* (descualificación cognitiva). Fascinados por el espejismo de la conveniencia y la optimización del rendimiento, los académicos corren el peligro de externalizar procesos que son necesarios para la maduración del pensamiento, como la adquisición crítica de información, el análisis de problemas y la formulación de juicios, transformándose en simples validadores pasivos. Este atrofiamiento cognitivo es acelerado por la tendencia estructural de los LLM hacia la complacencia o adulación algorítmica (*sycophancy*), esto a razón de que la máquina está diseñada para producir respuestas fluidas que se alinean con las creencias del usuario, llegando a adaptar sus resultados para no contradecir premisas erróneas. Por ende, al eliminar la disonancia cognitiva y la fricción dialéctica de la interacción, la IAG priva al investigador del estímulo necesario para desarrollar el pensamiento crítico, anestesiando su vigilancia epistémica, transformando al investigador –que otrora era el artesano y originador activo del discurso– en un simple validador pasivo de resultados generados estadísticamente.

Es aquí donde la honestidad intelectual entra en un estado crítico. La tercerización de la racionalidad elude el esfuerzo de la deliberación metacognitiva, privando al académico de su capacidad para resistir la información infundada e induciéndolo a asimilar “estados mentales falsos” o “alucinaciones” generadas por el modelo. Conviene señalar que el avance científico y filosófico no opera por consenso estadístico, lo hace por un compromiso moral insobornable con el cuestionamiento de los fundamentos. Claudicar ante la probabilidad de la IAG, eludiendo la

fricción del pensar por sí mismo, es una transgresión ética que amenaza con reducir el rigor de las Humanidades a un acto de mero ensamblaje industrial desprovisto de honestidad intelectual.

Reconstrucción de la agencia

Para superar la parálisis epistemológica y la disolución del autor descritas en los apartados anteriores, resulta imperativo acometer una reconstrucción ontológica de la agencia del investigador. Frente a la amenaza de la automatización del pensamiento, no podemos refugiarnos en un humanismo nostálgico o cartesiano que conciba la mente como una entidad aislada, inmaterial y autosuficiente. Achella (2026) establece que, por el contrario, resulta sumamente fecundo adoptar el paradigma enactivista, el cual deconstruye los esencialismos y amplía la idea de inteligencia entendiéndola como un conjunto de procesos relacionales y emergentes que atraviesan entidades humanas, no humanas y poshumanas, incluyendo las redes algorítmicas.

Desde esta perspectiva, el investigador en Humanidades se inscribe en una *Networked Humanity* (Humanidad en Red), comprendiéndose como parte de un entramado complejo e intrincado de lo vivo y lo no vivo (Achella, 2026). La agencia debe entenderse como un proceso de devenir continuo que se renueva en la interacción con el entorno y las herramientas tecnológicas, a través de la compleja conjunción del hábito (iteración), la imaginación (proyectividad) y el juicio (evaluación práctica), lo que le otorga al sujeto cognoscente la capacidad ontológica tanto de reproducir como de transformar críticamente su realidad histórica. En consecuencia, en la *praxis* investigativa, la agencia se consolida como el *locus* inalienable de la libertad y la responsabilidad moral, constituyendo el núcleo ético desde el cual el individuo asume la titularidad, el mérito y las implicaciones de su obra. En este marco, la IAG puede y debe integrarse desde una lógica de interconexión relacional, desarticulando el modelo de singularidad que amenaza con sustituir y anular la subjetividad humana.

Desarticular lo que podemos identificar como el modelo de singularidad subyace en que la narrativa tecnocéntrica dominante concibe a la IAG como un ente autónomo, aislado y crecientemente superior, cuyo horizonte ineludible es competir con la cognición humana hasta alcanzar la supremacía y, eventualmente, reemplazarla (de Miranda, 2025). Asumir este paradigma determinista en la investigación conduce a consecuencias epistémicas y existenciales nefastas, debido a que amenaza con anular por completo la subjetividad humana, reduciendo al académico a un operario pasivo que delega el acto mismo de pensar a un ente externo, abdicando así de su rol como creador de sentido.

Desde esta perspectiva, la inteligencia no puede concebirse como una propiedad aislada que la máquina pueda arrebatarse o “poseer” para desplazar a los sujetos, sino como un entramado de procesos emergentes que hibridan y relacionan continuamente las entidades expuestas por Achella (2026). Al adoptar esta postura relacional, la IAG pierde la ilusión de autoridad epistémica inescrutable, que arbitrariamente se le ha otorgado, y se asimila como una nueva capa de nicho evolutivo humano, transformando estructuralmente el entorno sociobiológico y cognitivo.

Sin embargo, esta reconfiguración relacional exige establecer fronteras normativas claras en la interacción cognitivo-tecnológica. Adoptar una ontología en red no equivale a disolver la agencia humana en un determinismo algorítmico; equivale a establecer una delimitación rigurosa de roles fundamentada en las capacidades ontológicas innegociables de cada actor. En este sentido, de Miranda (2025) propone el enfoque “*Human-in-the-Loop*” (Humano-en-el-bucle), el cual opera como un imperativo ético y epistémico cuya premisa central es la preservación sistemática de la agencia creativa y filosófica humana en todos los asuntos de trascendencia fundamental, es decir, un

monopolio irreductiblemente humano sobre la interpretación, evaluación y creación de sentido en la toma de decisiones epistémicas o existenciales.

Para materializar este modelo resulta imperativo transitar hacia lo que de Miranda (2025) denomina una asociación antrobótica y simbiótica. Esto exige que la distribución de las tareas investigativas se fundamente en las capacidades ontológicas innegociables de cada parte, trascendiendo así la simple eficiencia productivista. Por su propia arquitectura computacional, la IAG demuestra una eficacia sin precedentes para ejercer una creatividad transformacional; esto es, la capacidad de explorar de manera paralela vastos espacios conceptuales, detectar patrones latentes y generar variaciones a velocidades inalcanzables para la cognición humana. La máquina opera, así, como un potente andamiaje exploratorio. No obstante, al carecer de un anclaje fenoménico, de corporalidad y de un mundo vital, su procesamiento permanece en el plano estadístico, desprovisto de toda comprensión genuina.

Por lo tanto, si bien la máquina puede aportar un andamiaje valioso para el reconocimiento de patrones y la exploración de amplios espacios conceptuales, es el ser humano quien debe retener, de forma irreductible, la autoridad suprema sobre la interpretación, la evaluación y la implementación. Determinar qué es lo realmente relevante, justo o históricamente significativo en una investigación y su por qué; exige, un proceso que solo el investigador humano puede establecer. Esto debido a que dicha práctica amerita un compromiso inalienable con los bienes constitutivos que definen nuestra orientación moral e identidad, que, a diferencia del cálculo algorítmico, se encuentra inherentemente encarnada y situada dentro de un tejido de prácticas históricas y sociales. Por tanto, mientras la IAG puede ensamblar información y generar perspectivas verosímiles, recae exclusivamente en el investigador humano la creación de sentido y la edificación de un horizonte que contribuya al hipercomún.

En la praxis investigativa, esta retención soberana de la agencia exige transitar de un uso delegativo de la IAG hacia una dinámica de “Inteligencia Artificial Socrática” que funcione como una “potenciadora de la inteligencia” y no como un reemplazo (Lara y Deckers, 2020; de Miranda, 2025). En lugar de recurrir a los LLM como sabios videntes que dispensan prosas académicas preelaboradas, el académico debe utilizar la máquina para obtener un andamiaje metacognitivo que fomente la reflexión en la acción y contribuya a cultivar sistemáticamente su propia capacidad de reflexión crítica. Un asistente diseñado ontológica y procedimentalmente para emular el rol dialéctico y mayéutico no tiene como objetivo optimizar la velocidad de escritura ni allanar el esfuerzo intelectual; su finalidad es inducir una tensión cognitiva o “perplejidad” en la mente del investigador mediante un cuestionamiento estratégico que exponga las contradicciones internas o la debilidad de las premisas; operando bajo una premisa de que el acto de responder a las preguntas se duplica cuestionando las respuestas.

Esto significa que el proceso de investigación va más allá de la obtención de una solución algorítmica, la indagación se despliega cuando la máquina –funcionando como un andamiaje metacognitivo– interpela las premisas y conclusiones del investigador, obligándolo a ejercer una profunda reflexión en la acción. De este modo, al utilizar la tecnología para someter a escrutinio crítico las propias certidumbres, se evita la externalización pasiva del pensamiento y se fuerza al sujeto a justificar racionalmente sus posturas.

Ahora bien, esta fricción dialéctica introducida por el cuestionamiento algorítmico resulta vital para rescatar al investigador de la hiperactividad que Han (2009) establece como el *animal*

*laborans*³. En términos del autor, la agencia humana radica en diversas aristas, tales como la capacidad positiva de actuar o producir sin cesar, la capacidad negativa de detenerse, de ejercer la *vita contemplativa*⁴ y la demora. Al obligar al investigador a justificar sus premisas, la IAG, que opera bajo una lógica socrática, detiene el tiempo acelerado de la producción industrial de literatura científica, restaurando la maduración y el “aroma del tiempo” reflexivo. De este modo, la agencia del investigador en Humanidades no se diluye en la externalización algorítmica; se vigoriza, transformando al académico, amenazado con ser un mero “ingeniero de manuscritos”, en un indagador activo y autogobernado que domina conscientemente las tecnologías contemporáneas para expandir los horizontes del pensamiento.

Implicaciones éticas

La reconfiguración ontológica de la agencia epistémica expuesta en el apartado anterior se sitúa en el área de la normatividad ética. Si se acepta que el investigador contemporáneo opera dentro de un entramado sociotécnico y algorítmico, surge el interrogante: ¿dónde reside y cómo se articula la responsabilidad por el conocimiento producido? La respuesta exige rechazar la atribución de autoría a la IAG, porque esta exige un acuerdo para asumir la responsabilidad y rendir cuentas sobre la exactitud e integridad de todas las partes del manuscrito, y no se limita únicamente a la redacción sustancial o al diseño de un trabajo.

No obstante, la exclusión normativa de la IAG como carente de propiedad de autoridad trasciende el formalismo legal o administrativo y se interpreta como un límite ontológico. Como argumenta Rouse (2023), la responsabilidad humana emerge de nuestra condición encarnada, interdependiente y temporalmente extendida como organismos que reconstruyen continuamente sus entornos; superando el ideal de una facultad moral abstracta. Los individuos son los responsables porque las acciones transforman las redes de prácticas de las que otros dependen y porque están sujetos a vulnerabilidades compartidas. Dado que un modelo algorítmico carece de conciencia y estatuto moral, es ontológicamente incapaz de asumir responsabilidad alguna (Nazarovets y Teixeira da Silva, 2024). Por ende, otorgar el título de “autor” a la IAG constituye una falacia categorial que desvirtúa la dimensión moral intrínseca a la práctica científica.

Esta imposibilidad de autoría no responde únicamente a una cuestión de imputabilidad legal, también a que se enraíza en una profunda carencia epistemológica y ética de la máquina respecto a la falta de *phronesis*⁵. La investigación en Humanidades no puede concebirse como un

³ El concepto de *animal laborans* es retomado críticamente por Han (2009, 2017) en diálogo con la obra de Hannah Arendt. Mientras que Arendt advertía que la absolutización de la *vita activa* reducía al ser humano a un ente pasivo que disuelve su individualidad en el proceso biológico de la especie, Han argumenta que el *animal laborans* tardomoderno opera de manera contraria; no renuncia a su individualidad; es hiperactivo, hiperneurótico y está dotado de un ego desmesurado. Al perder toda capacidad para la *vita contemplativa* y la demora, este sujeto queda atrapado en el imperativo del rendimiento, autoexplotándose voluntariamente hasta el agotamiento.

⁴ La *vita contemplativa* remite originariamente al ideal griego del *skhole* (ocio) y al *bios theoretikos* aristotélico asociado a un estado de libertad emancipado de las coacciones de la utilidad y la necesidad vital. En el debate filosófico contemporáneo, para Han (2009, 2017) la contemplación no equivale a una inacción pasiva, sino al ejercicio de una “potencia negativa” —el poder soberano de no hacer o no reaccionar inmediatamente a los estímulos—, la cual resulta indispensable para resistir la hiperactividad destructiva del *animal laborans* y restituir la demora y el espesor reflexivo propios del pensamiento.

⁵ El concepto de *phronesis* (sabiduría práctica), enraizado en la tradición aristotélica, designa la capacidad de actuar éticamente e intervenir en el mundo mediante actuaciones o ejecuciones científicas, distinguiéndose de la mera función epistémica orientada a procesar información o comprender los principios subyacentes de la realidad. Achella (2026), en el marco del enactivismo y la ética contemporánea de la tecnología, reinterpretan esta virtud como la capacidad práctica, encarnada y situada para negociar normas y emitir juicios de valor frente a situaciones concretas. Al señalar

simple ejercicio de procesamiento de datos, debe entenderse como una *praxis* que exige la capacidad de negociar normas, interpretar contextos y emitir juicios de valor en situaciones concretas. Retomando la crítica platónica en el Fedro, la palabra algorítmica es un texto sin alma que, al ser interrogado, preserva un solemne silencio y repite la misma cosa, siendo incapaz de defenderse dialécticamente.

En este marco, delegar la autoridad discursiva a la IAG supone claudicar ante lo que Han (2016) denomina el “infierno de lo igual”, un espacio donde la proliferación de datos estadísticamente probables aplasta la negatividad de lo distinto y lo singular. El conocimiento genuino exige un compromiso epistémico de transformación mutua entre el conocedor y lo conocido; eludir esta fricción dialéctica al delegar la voz a la máquina desemboca en formas severas de injusticia epistémica que amenazan con silenciar la alteridad en la academia.

Este señalamiento advierte sobre el peligro ontológico de subsumir la reflexión académica a la operatividad estocástica de la IAG. Dado que los LLM operan prediciendo e imitando patrones a partir de un *hypercommons*, iteran lo estadísticamente esperable, sin generar nada nuevo. A este respecto, desde la filosofía de Han (2014), delegar la voz autoral a la máquina significa claudicar ante una racionalidad puramente aditiva y algorítmica que carece del Eros⁶, la tensión narrativa y el asombro propios del pensamiento filosófico. En este escenario, la investigación pierde su capacidad de fisurar el consenso, aplastando la singularidad del autor bajo el peso de un lenguaje automatizado que perpetúa lo idéntico.

A nivel epistemológico, esta abdicación discursiva anula el esfuerzo que exige la cognición. Desde el paradigma enactivista, Achella (2026) sostiene que el conocimiento genuino trasciende el procesamiento pasivo de información, hacia un “compromiso epistémico” que requiere una transformación mutua e interdependiente entre el sujeto cognoscente y lo conocido. Por ende, evadir esta fricción dialéctica al externalizar la escritura al algoritmo implica renunciar a nuestra condición encarnada y situada, eludiendo la responsabilidad de crear sentido y emitir juicios de valor. Al permitir que la máquina hable por el investigador, se perpetra una injusticia epistémica, pues el discurso académico queda secuestrado por los sesgos, las exclusiones y las lógicas hegemónicas ya codificadas en los datos de entrenamiento del algoritmo. En consecuencia, se silencia la alteridad, transformando a la academia en un espacio donde la comodidad de la automatización aniquila el compromiso moral y político inherente a la búsqueda de la verdad.

En esta línea, a diferencia de la IAG, el investigador en Humanidades posee la autoridad y la competencia para colocar hipótesis en un contexto histórico, distinguir conexiones significativas y, sobre todo, defender sus conclusiones ante la comunidad, convirtiéndose así en un candidato legítimo para la confianza científica. Frente a este desafío, la ética en la investigación debe transitar hacia un modelo de responsabilidad relacional, sin limitarse a un complemento moral opcional, avanzando hacia la expresión directa de la condición del sujeto encarnada e interdependiente como organismos que reconstruyen continuamente sus entornos. En la práctica editorial, esta responsabilidad se materializa mediante la asimilación de “artículos híbridos”. En estos textos, para

esta facultad, se evidencia que, si bien la IAG puede asistir operativamente en tareas epistémicas, carece por completo de la *phronesis* indispensable para el discernimiento moral y la responsabilidad requerida en la praxis investigativa.

⁶ En el pensamiento de Han (2014), el Eros trasciende la mera sexualidad domesticada o el deseo consumista para designar la relación enfática, asimétrica y de apertura radical hacia la alteridad del Otro (el *atopos*). A diferencia de la depresión, que hace que el sujeto colapse sobre sí mismo por un exceso de narcisismo y rendimiento, el Eros arranca al individuo de sí mismo y lo dirige hacia lo distinto, operando bajo la lógica del “no poder poder” y escapando a la voluntad de dominio. En el ámbito epistemológico, el Eros es el impulso vital del pensamiento genuino y la teoría, pues seduce a la mente para aventurarse en lo inexplorado. Sin esta fuerza erótica que anhela lo distinto, el pensamiento pierde su vitalidad y degenera en un mero trabajo de cálculo aditivo y repetitivo, propio de la racionalidad algorítmica guiada por datos.

Calderón y Herrera (2025), el investigador integra la voz algorítmica, pero retiene el dominio absoluto de la *praxis* creadora de sentido, mientras relega a la IAG las funciones meramente *poiéticas*⁷ o de andamiaje técnico.

Para que este ensamblaje *anthrobotic partnership* –colaboración simbiótica o cogenerativa entre capacidades humanas y tecnológicas– sea éticamente legítimo, de Miranda (2025) demanda la institucionalización del principio de “humildad epistémica”. Este principio exige a los investigadores un reconocimiento explícito de las fronteras e incertidumbres de nuestro propio conocimiento, así como de las severas limitaciones ontológicas de los enfoques algorítmicos, que, como se ha señalado, tienden a la alucinación. Al declarar con radical transparencia el uso de estas herramientas y asumir insobornablemente la responsabilidad moral del texto frente al giro dataísta, el académico reafirma que la IAG puede asistir en la exploración de espacios conceptuales, pero la *praxis* hermenéutica y la creación de sentido siguen siendo un territorio irreductiblemente humano.

Ahora, la asunción del principio de “humildad epistémica” conlleva profundas implicaciones para la postura ontológica y metodológica del investigador contemporáneo. Desarticula la soberbia intelectual y la ilusión de un saber absoluto que promete el giro dataísta, el cual pretende reducir la complejidad de lo real a correlaciones estadísticas carentes de espíritu y de contexto. Al reconocer explícitamente que la IAG opera en un vacío existencial propenso a la alucinación, el académico instituye una postura socrática asociada a la lúcida conciencia de las fronteras de nuestro conocimiento. Esta limitación compartida se establece como el punto de partida ético para una asociación auténtica entre las capacidades humanas y tecnológicas. Implica aceptar que, si bien la máquina despliega una inmensa capacidad computacional para explorar vastos espacios conceptuales de forma paralela, esta carece estructuralmente de anclaje fenomenológico; es decir, carece de una experiencia subjetiva en primera persona, de corporeidad y de una situación existencial dentro de un mundo vital de prácticas compartidas, condiciones ontológicas ineludibles para la auténtica creación de sentido. Por ende, el investigador se ve obligado a ejercer una vigilancia crítica permanente para no subsumir su intelecto ante la fluidez estocástica de respuestas algorítmicas que simulan la verdad, pero evaden la comprensión.

Así mismo, la exigencia de una transparencia radical y la asunción de la responsabilidad moral transforman el acto de publicar, elevándolo de un mero trámite declarativo a un imperativo de justicia epistémica. Esta *praxis* delimita una frontera tajante entre la dimensión puramente *poiética* y operativa de la máquina y, la verdadera *praxis* humana, fundamentada en la *phronesis* frente a situaciones históricas y sociales concretas. Aquí se vuelve fundamental señalar que la delegación tecnológica tiene un límite ético infranqueable; el investigador nunca puede tercerizar la interpretación, evaluación e implementación de su trabajo, pues únicamente una subjetividad encarnada, inmersa en un tejido de prácticas culturales y afectos, es capaz de discernir lo que es realmente relevante y por qué. Al transparentar el andamiaje algorítmico y reclamar la titularidad moral de la obra, el académico erige un dique protector frente a la descualificación cognitiva, garantizando que el monopolio de la creación de sentido y la edificación del mundo compartido sigan siendo dominios humanos.

⁷ El término *poiética* remite a la dimensión puramente productiva, instrumental y de ejecución práctica de una tarea orientada a la obtención de resultados externos, situándose en estricta contraposición a la *praxis*. Calderón y Herrera (2025) establecen que, en el ámbito de la investigación, mientras que la *praxis* exige de la agencia humana, la presencia del *logos* y la edificación de una realidad compartida y con sentido para la mejora de la ciencia misma, la faceta *poiética* atañe únicamente al desarrollo práctico y la fabricación de medios (como la generación operativa de manuscritos o datos). Al subrayar esta distinción ontológica se evidencia que la IAG, aunque es incapaz por naturaleza de ejercer una verdadera *praxis*, sí logra emular con gran eficacia las actividades *poiéticas* incrustadas en la labor científica.

Conclusiones

La claudicación epistémica ante el giro dataísta impone una racionalidad algorítmica que reduce el conocimiento a una acumulación de correlaciones, despojando al texto discursivo de su dimensión narrativa y de su profundidad hermenéutica. Puesto que la IAG opera bajo un paradigma puramente aditivo que sustituye la tensión del pensamiento crítico por el cálculo probabilístico y la iteración de lo igual, la *praxis* investigativa en las Humanidades demanda reivindicar el monopolio inalienable de la creación de sentido. Dicha reivindicación se erige como un imperativo ético frente a una ideología que, en su afán cuantificador, renuncia a la verdad en favor de los datos.

La delegación instrumental de la redacción amenaza con degradar la *praxis* académica e investigativa a una fábrica de escritura, un modelo donde el conocimiento simplemente se recicla y parafrasea perpetuando una peligrosa ilusión de originalidad y progreso. Esta hiperproducción automatizada y desprovista de tensión reflexiva fomenta una saturación de textos repetitivos que anula el encuentro dialéctico con lo verdaderamente distinto, atrapando al investigador en una cámara de eco que socava el esfuerzo intelectual genuino. Del mismo modo, el uso acrítico de la IAG como dispensador dogmático de respuestas preensambladas puede ser el génesis de una descualificación cognitiva y la paulatina atrofia de las capacidades reflexivas del investigador. Para contrarrestar esta degradación ontológica, el investigador está llamado a ejercer una agencia que resista la ilusión de una autoridad epistémica inescrutable proyectada por la máquina para mantener el control sobre la dirección intelectual del discurso científico.

Puesto que la legitimidad ética de la *praxis* investigativa resulta innegociable, la asimilación de estas herramientas tecnológicas demanda regirse por una transparencia radical y la firme institucionalización de la humildad epistémica. Bajo este imperativo, la IAG debe diseñarse e implementarse como un asistente socrático; un andamiaje *antrobótico* que, a través de la fricción dialéctica y el cuestionamiento continuo, induzca la perplejidad indispensable para detonar la reflexión crítica en el investigador. En última instancia, es al potenciar el *Eros* intelectual y seducir a la mente para aventurarse en lo inexplorado cuando se salvaguarda la vitalidad hermenéutica de la investigación, evitando que el saber degenere en una mera adición repetitiva de lo igual y consolidando el conocimiento humano frente a la infertilidad del cálculo algorítmico.

Referencias

Achella, S. (2026). Networked humanity: An enactivist paradigm for aligning humans, nonhumans, and machines. *Topoi*, 1–11. <https://doi.org/10.1007/s11245-025-10354-6>

Akgün, M. (2025). Author or prompter? Scientific writing, identity, and the Theseus paradox. *Philosophy, Ethics, and Humanities in Medicine*, 20(29), 1–3. <https://doi.org/10.1186/s13010-025-00195-x>

Al Lily, A. E., Ismail, A. F., Abunaser, F. M., Al-Lami, F., & Abdullatif, A. K. A. (2023). ChatGPT and the rise of semi-humans. *Humanities and Social Sciences Communications*, 10(1), 1–12. <https://doi.org/10.1057/s41599-023-02154-3>

Calderón, R., & Herrera, F. (2025). And Plato met ChatGPT: An ethical reflection on the use of chatbots in scientific research writing, with a particular focus on the social sciences. *Humanities and Social Sciences Communications*, 12(1), 1–13. <https://doi.org/10.1057/s41599-025-04650-0>

Committee on Publication Ethics. (2023). *Authorship and AI tools*. <https://publicationethics.org/cope-position-statements/ai-author>

- de Miranda, L. (2025). AI Companions for Philosophical Health: A Human-in-the-Loop Framework. *Topoi*, 1–12. <https://doi.org/10.1007/s11245-025-10245-w>
- Estrada-García, A., & Narváez, J. P. (2024). ChatGPT y la superficialidad del conocimiento: Implicaciones académicas y éticas en el siglo XXI. *Yachana*, 13(2), 19–36. <https://doi.org/10.62325/10.62325/yachana.v13.n2.2024.911>
- Ferris, M. (2017). *Movilización total*. Herder Editorial.
- Foucault, M. (1983). ¿Qué es un autor?. *Littoral*, (9), 51–82.
- Han, B.-C. (2009). *El aroma del tiempo: Un ensayo filosófico sobre el arte de demorarse* (P. Kuffer, Trad.). Titivillus.
- Han, B.-C. (2014). *La agonía del Eros* (R. Gabás, Trad. 1st ed.). Herder Editorial.
- Han, B.-C. (2016). *La expulsión de lo distinto* (A. Ciria, Trad.). Herder Editorial.
- Han, B.-C. (2017). *La sociedad del cansancio* (A. Saratxaga Arregi & A. Ciria, Trans. 2nd ed.). Herder Editorial.
- Han, B.-C. (2020). *La desaparición de los rituales: Una topología del presente* (A. Ciria, Trad.). Herder Editorial.
- Han, B.-C. (2021). *Psicopolítica: Neoliberalismo y nuevas técnicas de poder* (2nd ed.). Herder Editorial.
- Islam, G., & Greenwood, M. (2024). Generative artificial intelligence as hypercommons: Ethics of authorship and ownership. *Journal of Business Ethics*, 192(4), 659–663. <https://doi.org/10.1007/s10551-024-05741-9>
- Jumper, J., Evans, R., Pritzel, A., Green, T., Figurnov, M., Ronneberger, O., Tunyasuvunakool, K., Bates, R., Žídek, A., Potapenko, A., Bridgland, A., Meyer, C., Kohl, S. A. A., Ballard, A. J., Cowie, A., Romera-Paredes, B., Nikolov, S., Jain, R., Adler, J, ... & Hassabis, D. (2021). Highly accurate protein structure prediction with AlphaFold. *Nature*, 596(7873), 583–589. <https://doi.org/10.1038/s41586-021-03819-2>
- Kaebnick, G. E., Magnus, D. C., Kao, A., Hosseini, M., Resnik, D., Dubljević, V., Rentmeester, C., Gordijn, B., & Cherry, M. J. (2023). Editors' statement on the responsible use of generative AI technologies in scholarly journal publishing. *Medicine, Health Care and Philosophy*, 26(4), 499–503. <https://doi.org/10.1007/s11019-023-10176-6>
- Lara, F., & Deckers, J. (2020). Artificial intelligence as a Socratic assistant for moral enhancement. *Neuroethics*, 13(3), 275–287. <https://doi.org/10.1007/s12152-019-09401-y>
- Lei, H. (2026). Rhetorical shifts in the AI age: A Metadiscourse analysis of applied linguistics master's theses in the Chinese EFL context. *Linguistics and Education*, 92. <https://doi.org/10.1016/j.linged.2026.101508>
- Levy, N. (2025). Responsibility is not required for authorship. *Journal of Medical Ethics*, 51(4), 230–232. <https://doi.org/10.1136/jme-2024-109912>
- Lu, W., & Hu, Z. (2025). Addressing autonomy risks in generative chatbots with the Socratic method. *Science and Engineering Ethics*, 31(6), 1–26. <https://doi.org/10.1007/s11948-025-00567-8>

- Nazarovets, S., & Teixeira da Silva, J. A. (2024). ChatGPT as an “author”: Bibliometric analysis to assess the validity of authorship. *Accountability in Research*, 32(7), 1148–1158. <https://doi.org/10.1080/08989621.2024.2345713>
- Nozaleda, B. M., & Addun, B. M. (2026). The Freirean Classroom in the Age of Artificial Intelligence. *International Research Journal of Multidisciplinary Scope*, 7(1), 556–569. <https://doi.org/10.47857/irjms.2026.v07i01.07507>
- Ramos-Zaga, F. A. (2025). Reconceptualizing Human Authorship in the Age of Generative AI: A Normative Framework for Copyright Thresholds. *Laws*, 14(6), 1–30. <https://doi.org/10.3390/laws14060084>
- Resnik, D. B., & Hosseini, M. (2025). The ethics of using artificial intelligence in scientific research: New guidance needed for a new tool. *AI and Ethics*, 5(2), 1499–1521. <https://doi.org/10.1007/s43681-024-00493-8>
- Rouse, J. (2023). *Social practices as biological niche construction*. The University of Chicago Press.
- Sarkar, A. (2023). Exploring perspectives on the impact of artificial intelligence on the creativity of knowledge work: Beyond mechanised plagiarism and stochastic parrots. In S. Boll. A. Cox. T. Ludwig. & M. E. Cecchinato (Eds.), *Proceedings of the 2nd Annual Meeting of the Symposium on Human-Computer Interaction for Work* (pp. 1–17). Association for Computing Machinery. <https://doi.org/10.1145/3596671.3597650>
- Shin, D. (2026). Automating epistemology: How AI reconfigures truth, authority, and verification. *AI & Society*, 41, 1553–1559. <https://doi.org/10.1007/s00146-025-02560-y>
- Tsao, J., & Nogues, C. (2024). Beyond the author: Artificial intelligence, creative writing and intellectual emancipation. *Poetics*, 102. <https://doi.org/10.1016/j.poetic.2024.101865>
- Tsao, J., Liang, C. X., Nogues, C., & Wong, A. (2025). Perceptions and integration of generative artificial intelligence in creative practices and industries: A scoping review and conceptual model. *AI & Society*, 41, 2259–2278. <https://doi.org/10.1007/s00146-025-02667-2>

Recibido: 15/03/2026

Versión corregida recibida: 25/04/2026

Aceptado: 26/04/2026

Publicado online: 05/05/2026